

Recuerdo de Fernando Fernán-Gómez Todo está en venta

Vamos a hablar aquí de un autor, del autor Fernando Fernán-Gómez. Y no de forma global, atendiendo a lo que, en definitiva lo constituye, la escritura, sino ciñéndonos a un aspecto concreto del mismo: la temática. Vamos a dejar de lado algunos de los rasgos de escritura que cruzan toda la obra de Fernando Fernán-Gómez, las rupturas narrativas, las miradas a cámara, la disposición del relato, para centrarnos en una serie de elementos que aparecen de forma obsesiva a lo largo de toda la obra del cineasta. Una obra en la que también incluimos el trabajo del actor, porque en Fernando Fernán-Gómez no puede dissociarse al intérprete del director y el escritor.

Desde el primer momento topamos con una paradoja: Fernán-Gómez ha insistido siempre en que jamás ha rechazado un encargo, como actor o como realizador, siempre y cuando haya sido remunerado de forma adecuada. Ha interpretado películas con las que no estaba de acuerdo, que defendían ideas opuestas a las suyas, y las ha interpretado con la misma profesionalidad que aquélla con las que se podía sentir identificado. Y, al tiempo que dirigía películas que le eran ajenas, algunos de sus títulos fundamentales como realizador han sido paradójicos encargos. (...) Esta es una de las múltiples paradojas que parecen vertebrar, no sólo la obra de Fernando Fernán-Gómez sino también al personaje. Un personaje que insiste en pretender complacer al espectador al tiempo que introduce en sus películas innumerables elementos que lo impiden. Un personaje que afirma que su deseo es triunfar y conseguir una holgura económica, al tiempo que se empeña en proyectos suicidas y en financiar películas insensatas que sólo pueden conducir a la ruina. Un personaje que defiende la holganza al tiempo que ha interpretado más de ciento cincuenta películas, ha dirigido veintitrés, ha hecho teatro y televisión, como director o como intérprete, ha escrito numerosos libros y publicado centenares de artículos. Un personaje que parece encontrarse a gusto contradiciéndose a sí mismo, que parece buscar el reconocimiento, al tiempo que, cuando se le señala elogiosamente algún aspecto de muchas de sus películas, se limita a observar que aquél no le pertenece, que el mérito es del guionista. Un autor, en suma, que no se reivindica en todo momento como tal. (...)

Como actor y, sobre todo, durante los años cincuenta, Fernán-Gómez no se limita a componer un tipo, sino que configura un personaje que parece pasar de película a película, y al margen de la calidad de cada título concreto y de su autonomía. El protagonista de *Esa pareja feliz* podría ser el mismo de *El inquilino* o de *Muchachas de azul*, y no podemos reducirlo al de retrato del español medio, obrero o pequeño burgués que lucha con la nada fácil vida cotidiana del momento. Por supuesto, y como se ha señalado muchas veces, a lo largo de toda su carrera, Fernando Fernán-Gómez ha compuesto el personaje del perdedor, un personaje que, evidentemente, es el eje central de sus películas como realizador y que se encuentra muy ligado al momento histórico que vive. (...)

Y es lógico que este personaje, el español medio que sólo quiere sobrevivir, que está pendiente únicamente de tener una casa, formar un hogar y llegar a fin de mes, se configure precisamente en los años cincuenta y resulte impensable en la década anterior. Porque si algo caracteriza al cine español de este momento es una suerte de encuentro con la realidad cotidiana. (...) Este personaje, que parece construido casi como si el actor se hubiera dejado llevar por los papeles que le salían al paso, será el mismo que vertebrará lo mejor de las películas de Fernando Fernán-Gómez como realizador. (...)

De forma obsesiva, a lo largo de las décadas, el problema de los personajes de las películas dirigidas por Fernán-Gómez es, solamente, sobrevivir a cualquier precio. Difícil es encontrar una obra de la que estén tan manifiestamente ausentes los personajes brillantes o con un mínimo de interés, no digamos cultos. Incluso cuando algunos personajes tienen algo que ver con la cultura, son manifiestamente mediocres (...) En el cine de Fernán-Gómez nadie quiere ser nada, o no ser otra cosa que un superviviente que se deja arrastrar por la vida, que engaña, asesina, seduce, conspira, traiciona, por la miserable meta de llegar a fin de mes.

(...) También en las reflexiones escritas del autor, el dinero, del que igualmente habla incansable en prácticamente todas las declaraciones y entrevistas, así como en sus memorias, se erige casi en protagonista. Que la economía, en el sentido más cotidiano del término, ocupa el

escenario es algo evidente. (...)

Pero, mientras que el autor no critica a sus personajes, los quiere y les comprende en su mediocridad, establece también una distancia. Distancia hecha de lugares comunes, de tópicos, de códigos de representación. De miradas a cámaras, de utilización de rupturas narrativas (...). Cuando Carlos Galván, en *El viaje a ninguna parte*, lanza su discurso en defensa de los cómicos, una vuelta al presente, desde la locura senil desde la que se narra la historia, desde el recuerdo que deforma la verdad, se nos señala que no es posible que ellos hubiera podido hacerse en aquel momento concreto, los años cincuenta del franquismo puro y duro. Pero lo cierto es que la película sí lo dice, que el recuerdo del personaje miente, pero, al mismo tiempo, dice la verdad. En Fernán-Gómez, heredero de la tradición del esperpento valleinclanesco, pero también del humor de Jardiel Poncela, hay que encontrar la voz del autor tanto en la historia que cuenta, con la que se siente, si no identificado, al menos concernido, como en esta imperceptible distancia, en este estar fuera y dentro de la acción, en un desdoblamiento, a veces muy sutil, entre el realizador y el actor. (...) Y si, en sus últimas películas, que contienen algunos de los momentos más emocionantes del cine español de los últimos tiempos, el actor Fernán-Gómez parece pasar a segundo término y cobra mayor importancia la comunidad (...) podemos aventurar a que se debe al paso de los años, a la huella del tiempo. Por que han pasado muchas cosas y el galán cómico, el perdedor de tantas películas ha dado paso al perdedor maduro. (...) Por suerte para él esos años de silencio implican también la posibilidad de un reconocimiento y definen el personaje de hoy, el hombre escéptico que puede permitirse el lujo de cantar verdades que otros callan. También es posible que pueda hacerlo como lo hacían los viejos bufones, que, al fin y al cabo, eran también cómicos. Pero no hay que olvidar que la misión del bufón no era solamente ser objeto de irrisión, sino también decir en voz alta aquello que los demás callaban. **Francisco Llinás**, en *Fernando Fernán-Gómez, el hombre que quiso ser Jackie Cooper*, Patronato Municipal de Cultura, San Sebastián, 1993.

Emilio Sanz de Soto. Un genio escondido

Emilio Sanz de Soto fue un literato sin novelas, un cineasta sin películas, un pintor sin cuadros, un profesor sin cátedra fija... y, sin embargo, su personalidad impregnó la obra de muchos artistas, desde el pintor José Hernández al novelista Ángel Vázquez, pasando en buena parte por el primer cine de Carlos Saura. “No puede escuchársele un día entero sin dejar de sorprenderse cada tres minutos”, dijo de él José Luis Sampedro, y es que Emilio, como escribió su buen amigo Haro Tecglen, era “un genio escondido”. En el Tánger legendario de los cuarenta y cincuenta, Sanz de Soto era referencia obligada de cuantos intelectuales buscaron refugio en aquella ciudad, desde Capote a Gore Vidal, de Burroughs al matrimonio Bowles, de Orson Welles a Tennessee Williams... Ninguno le dejaba escapar. Emilio lo sabía todo, y no sólo sobre Tánger, cuyo estatuto de ciudad internacional fue redactado en buena parte por su propio padre. Sanz de Soto era una enciclopedia viva, un intelectual reflexivo, en un tiempo, como decía Haro, en el que “ser tachado de intelectual podía ser peligroso, y también el ser cosmopolita”. Era ameno como conferenciante; lúcido y preciso como esporádico comentarista de cine –hace tiempo, en *Cahiers du Cinéma*–; agudo como crítico de arte. Pero también era tímido e inseguro: se escabullía con mil artimañas cuando se le proponían libros, muy especialmente su autobiografía, temeroso de no estar a la altura. Era hombre de charla, de tertulia, como en los zocos árabes que tan bien conoció. Era como una lámpara mágica de la que el genio aparecía por prodigio. Los privilegiados que le tratamos sabemos de ello.

Diego Galán, febrero 2008.